

CINE

¡Oh, qué peligrosa es la juventud cuando se mete en política!
"El presidente"

«L'âge ne fait rien à l'affaire: quand on est con, on est con» (Georges Brassens).

En un reciente artículo publicado por la revista especializada suiza «Travelling», François Albéra denunciaba cómo «por primera vez desde el período más intenso de la guerra fría y el maccarthismo, el cine USA se ha puesto al servicio de la política del gobierno americano». El crítico helvético partía para esta afirmación del análisis de tres películas de producción media: «Boinas verdes», de John Wayne, «Ché!», de Richard Fleischer, y «La sombra del zar amarillo», de Lee Thompson. A este trio, se podría añadir sin demasiado esfuerzo un buen número de films. Entre ellos, por derecho propio, «El presidente» («Wild in the streets», 1968), de Barry Shear, que llega ahora a las pantallas madrileñas.

Con motivo de su presentación en la «Rencontre de la jeunesse» de Cannes de 1968, a donde la película llegó tras ser proyectada —¿según qué criterios de selección?— en la Mostra de Venecia del mismo año, mi compañero en esta sección de TRIUNFO, Diego Galán, escribía que «El presidente» no sólo era un film ambiguo sino, mucho más, «una de las películas más indignantes que pueden hacerse. Su anécdota podía referirse a los problemas del Mayo francés, pero trastocando toda la veracidad de lo que los jóvenes pretendían hacer en este mundo. Desgraciadamente, se discutirá mucho sobre este film». En realidad, es ese carácter indignante de «Wild in the streets» (el título original, «Salvajes por las calles», ya es de por sí goloso), lo que dificulta una crítica serena, que no enlace juicio de valor tras juicio de valor como es tan abundante entre nosotros. Qui-

zá por ello convenga plantearse antes que nada dos hechos de la relación obra-espectador que contribuirán a conformar un tercero, ya intrínseco del film en sí. Vayamos con los dos primeros:

1) «El presidente» es una de las poquísimas películas que, tratando de algún modo la problemática juvenil, han conseguido superar las fronteras de la censura española. Que «Privileges», de Peter Watkins —y no entro ahora en su calidad— continúe prohibida (a pesar del escándalo que esto supone tras conseguir el Lábaro de Oro en la Semana de Cine Religioso y de Valores Humanos de Valladolid), que «Zabriskie Point», «More»,

conclusión de que, como mucho, han votado en dos ocasiones.

Por supuesto, ambos hechos son ajenos en principio a la misma película y no deciden sobre su validez o no. Pero si los ponemos en relación con el tercero de que hablábamos, todo este enfoque se completa:

3) La conclusión a la que llega «Wild in the streets», lo que comunica al espectador, no se puede calificar de otra manera —y empleando palabras suaves— que de retrógrado: «¡Dios mío, lo que sucedería si los jóvenes tomaran el poder!». «¡Qué de barbaridades y atropellos cometerían en su deseo de confor-

mente, el futuro político norteamericano. Al mostrar que si es de este modo, la película no hace sino un canto al sistema, a una democracia en la que —con plena libertad— el ciudadano modifica su historia de mañana. Un repaso a la política USA de las últimas décadas da una respuesta negativa suficientemente rica; c) que el conflicto planteado es de orden generacional.

Por lo demás, una muy torpe y falsamente moderna realización de Barry Shear en su «opera prima» (hace poco vimos su pésimo «Karate Killers»), y la presencia —siempre estimulante— de Diane Varsi —¿la recuerdan en «Del

con Claudia Cardinale como protagonista. «Las aventuras de Gérard» no ha pretendido ser más que una comedia al uso (con ciertas referencias a Feyder y De Brocca) que cumpliera los requisitos exigidos por la comercialidad. Viéndola, era difícil encontrar cualquier punto de contacto entre ella y cualquiera de las restantes obras del autor. Pero Skolimowski tenía que trabajar. En «La barrera», su protagonista decía al principio de la película: «He aceptado una beca del Estado; por lo tanto, me he vendido a él. Ahora puedo venderme a quien yo quiera». La película, retrato de una crisis, coincidía con la visión poco esperanzada de Skolimowski, con su propio estado de crisis. Y tras «Le départ», su película siguiente, Jerzy Skolimowski realiza su obra más ambiciosa, «Arriba las manos!», que se prohíbe en su país, de donde aún no ha salido para su exhibición. En el extranjero y con dos años de inactividad, Skolimowski acepta, como su personaje, venderse a una oferta tentadora y realiza sus «Aventuras de Gérard». Siempre fuera de su país, Skolimowski ha aceptado de nuevo otra oferta, en este caso una complicada coproducción Alemania Occidental-USA, rodada en Londres, con la participación de actores más o menos conocidos —John Moulder Brown, Jane Asher, Diana Dors...—. Sin embargo, «Deep End» ha conseguido superar las limitaciones impuestas a «Gérard» y vuelve a presentarnos a un Skolimowski lúcido e incisivo que trata de analizar la sociedad en la que vive. Marginando inevitablemente «Arriba las manos!», «Deep End» se presenta como la película más lograda de Skolimowski, más madura. En ella se combina el ya clásico expresionismo del autor con la más desenfadada improvisación naturalista, un enloquecido (aunque controlado) movimiento de cámara con otro pausado, lento, casi inexistente. Diversos niveles de realidad se ajustan a un todo coherente, uniforme, que expresa la órbita personal del autor, en la que, a pesar de la narrativa tradicional de la película, se consigue llevar a primer grado de realidad la fantástica surrealista de los sueños.

«Deep End» no pretende moralizar ni dar explicaciones. Partiendo de un mundo cerrado y concreto narra una historia cuyas causas y orígenes tendrán que ser buscados fuera de la misma. La profundización de Skolimowski parte



Diane Varsi, en «El presidente», de Barry Shear

«Masculin-Feminin» o tantos otros estén en la misma situación mientras que el film de Shear ha tenido luz verde, resulta altamente sospechoso desde un punto de vista ideológico.

2) Se plantea el problema del voto y la edad mínima para él a un público que está mínimamente sensibilizado —por falta de práctica y discusión— ante dicho problema, lo que motiva el desvío de la atención hacia otros temas (drogas, promiscuidad, manifestaciones, choques con la Policía) que le «suenan» más. Haciendo un análisis del nivel medio de edad de los espectadores que ven «El presidente» en la Gran Vía madrileña, llegamos a la fácil

mar la sociedad de otra manera!». «¡Qué injusto sería un mundo en el que la juventud asumiera unas responsabilidades políticas!». Ergo: «Es mejor seguir como hasta ahora». «Hay que continuar relegando a la juventud para que no llegue a ser peligrosa». «La represión, la guerra, las trampas de la democracia son, cuando menos, males inevitables, insustituibles».

«El presidente» parte, además, de tres premisas falsas: a) que el mundo «pop», alienado masivamente por el consumo, se interesa por las cuestiones políticas (existe, por el contrario, un evidente aprovechamiento político de ese mundo); b) que el voto de los electores es quien decide, real-

infierno a Texas», «10, calle Frederick» o «Impulso criminal»?—, como única nota positiva de esta triste y dañina película. ■ F. LARA.

Las aventuras de Skolimowski

En el mundo del cine no se pueden hacer previsiones. Jerzy Skolimowski, polaco, treinta y dos años, autor de «Le départ» y «La barrera», entre otras películas, nos ha ofrecido últimamente una obra inesperada: «Las aventuras de Gérard», de reciente estreno en Madrid, realizada en Italia,